

CUENTOS COMPLETOS

Dylan Thomas

Traducción de Miguel Martínez-Lage

Presentación de Manuel Vicent



Nórdicalibros

Dylan Thomas

Cuentos completos

Traducción de
Miguel Martínez-Lage

Presentación de
Manuel Vicent

 **Nørdicalibros**
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

DYLAN THOMAS:
ASÍ BEBEN Y GALOPAN LOS CABALLOS
por Manuel Vicent

Antes de escribir el primer verso Dylan Thomas comenzó a trabajar de reportero a los dieciséis años en el periódico local *South Wales Daily Post*, en Swansea, la ciudad al sur de Gales donde nació el poeta en 1914. Muy pronto comenzó a apuntar maneras. A tan tierna edad un día de invierno, soplándose los sabañones, entró en la taberna habitual cuyos cristales estaban empañados por el vapor del alcohol y con un ojo displicentemente entornado comentó con un colega: «La primera obligación de un buen periodista es la de ser bien recibido en el depósito de cadáveres». Se supone que después de soltar esta sentencia, encendería un pitillo y acodado en la barra se tomaría una pinta como un hombrecito iniciando así el mar de cerveza en el que navegaría toda la vida hasta naufragar.

El público vio en él a una estrella que se ofrecía en sacrificio y se despeñaba desde lo alto. Pero el éxito no le ofreció escapatoria.

Puede que en medio de la paz insonora de aquella

comarca de Gales, solo interrumpida por el grito de las gaviotas y el mugido de las vacas, ocurriera algún crimen de vez en cuando para matar el tedio, pero esta no era una cosecha regular que diera esa tierra de campesinos y pescadores, con acantilados cabalgados desde altos pastos con manzanos y maizales. Solo el mar era violento, aunque en los tiempos en que no tenían un penique en el bolsillo el poeta y Caitlin Macnamara, la chica con la que se casó en 1937, llegaron a alimentarse exclusivamente de berberechos, que afloraban en la larga bajamar entre algas amargas. Comían berberechos y luego él dejaba sola a su mujer y se iba a la taberna a cantar, cogido del brazo de los marineros, canciones galesas que años después, durante las borracheras en Nueva York, lejos de la patria, le llenarían de nostalgia.

A los veinte años Dylan Thomas, aquel hijo desabrochado del profesor de literatura del Grammar School, a quien siempre se le veía con mugrientos cuadernos garabateados asomando por los bolsillos del abrigo, dejó el periodismo y publicó los primeros poemas, que no eran sino un conjunto de imágenes explosivas hechas con palabras que nunca hasta entonces nadie había unido, golpeándolas unas con otras con un ritmo violento. «Junto a relamidas arenas y estrellas de mar, / con sus lúbricas cruces, gaviotas, garcetas, berberechos y velas, / hombres que dan la mano a las nubes / que se inclinan sobre redes del crepúsculo». Con estos versos ganó el premio Poetry Book y fue esta la primera puerta de la gloria que penetró sin ser la de un bar.

Es todavía un misterio sin descifrar cómo aquel joven

desastrado, con ínfulas de maldito, que era famoso por la cantidad de cerveza que engullía, se convirtió de pronto en un divo semejante a los nuevos héroes de la canción con la única arma de sus versos. En la posguerra su voz comenzó a oírse por la BBC. Esa emisora que durante unos años había dado partes diarios de sangrientas batallas perdidas o ganadas, de pronto estableció un frente lírico: un poeta recitaba ante el micrófono unos versos rotos, alucinados, en los que se representaba a sí mismo como actor bajo múltiples rostros y unas veces se le sentía de joven airado, otras de cobarde, de héroe, de amante, de adúltero, de miserable ladrón, de plagiario, pero en el interior de cada máscara resonaban sus poemas con la tralla de unas imágenes surrealistas siempre inesperadas. Con sus charlas poéticas en la BBC, Dylan Thomas se convirtió en una leyenda. Fue el primero en servirse de los medios de comunicación para exhibir su terrible alma derrotada en un ejercicio de exhibicionismo, que sangraba por todas las costuras como una criatura inmunda y feliz.

De hecho, fue adorado en vida, destruido por el éxito y muy pronto después de su muerte acaecida en Nueva York en noviembre de 1953, a los treinta y nueve años, comenzaron a llegar a Swansea en peregrinación devotos fanáticos, que en su casa de Laugharne, The Boat House, convertida en museo, adquirían postales, placas, bandejas, dedales, toallitas y posavasos con su nombre e incluso hubo comerciantes que ganaron mucho dinero vendiendo ampollas con supuestas gotas de sudor del poeta, pero la reliquia que desde el principio tuvo más éxito fue una jarra de cerveza con el rostro de Dylan Thomas estampado, con

un pitillo mediado en la boca, cuando su nariz no era todavía un bulbo rojo ni sus ojos tenían el aire vidrioso. El hecho de que esta jarra fuera el recuerdo preferido por sus admiradores plantea el dilema que dividió la biografía de nuestro héroe: saber si su enorme fama que le acompañó en vida fue debida a que era un gran poeta o un magnífico borracho. Muchos creen que bebiendo cerveza en una de esas jarras se llega al alma del poeta mucho antes que leyendo sus versos. Pero no todos piensan así. Un joven judío, un tal Robert Allen Zimmerman, que andaba por Nueva York rasgando la guitarra, cambió su nombre y en su homenaje en adelante se hizo llamar Bob Dylan después de leer sus poemas. «¿Se habla de llorar cuando el temporal ruge? ¿Será el arco iris el color de las túnicas?».

El éxito llegó cuando comenzó a dar recitales en Nueva York en locales abarrotados por mil oyentes pasmados ante aquel ser que hacía hablar a los peces, a los árboles, a las flores, a los niños, a los animales en la pieza literaria *Bajo el bosque lácteo*. A cada aplauso seguía una borrachera. En las fiestas, rodeado de mujeres, de pronto exclamaba: «Veo ratas subiendo por las paredes». Las chicas gritaban y él aprovechaba este juego para esconderse entre sus piernas. Fueron tres viajes a Nueva York cada uno con un clamor renovado, con una destrucción más acelerada. Pero en el cuarto viaje el caballo ya no pudo más, pese a las inyecciones de cortisona que le proporcionaba el doctor Milton Feltenstein. Un día de noviembre de 1953 quedó exhausto. En la fachada del hotel Chelsea, de la calle Veintitrés de Nueva York, hay una placa que recuerda que allí fue arrebatado por un *delirium tremens* al final de una

fiesta en que se bebió veinte cervezas de un trago y de allí fue llevado al hospital St. Vincent, donde murió tres días después. Sucedió en una de las habitaciones que daban atrás, cuando estaba en brazos de su amante Liz Reitell. El cadáver fue devuelto a Laugharne y durante el entierro su mujer Caitlin bailó borracha sobre el féretro como una venganza por el abandono al que tuvo sometidos a ella y a sus hijos.

Existe un itinerario sentimental de Dylan Thomas que ha convertido en templos los antros y tabernas donde él se embriagaba. Por donde el poeta paseó sus huesos, algún *pub* del Soho, de Green Village, en NY. The Antelope, The Mermaid, algunas tabernas sagradas de Londres, el Brown's Hotel de Laugharne, siempre hay un devoto que proclama su gloria acodado en la barra. La mitomanía del cine fue su alimento. Marilyn, Charlot chocaron con él sus copas. De pronto el público vio en Dylan Thomas a una estrella de carne y hueso, que se ofrecía en sacrificio y se despeñaba desde lo alto de sus versos y lo adoptó como la criatura que simbolizaba la llegada de una nueva era. Pero el éxito no le ofreció escapatoria. Fue devorado cuando Stravinski concebía con él una ópera sobre Ulises. Dylan Thomas le tomó la delantera y navegó con los pies por delante de regreso a Ítaca.

CUENTOS COMPLETOS

HACIA EL COMIENZO

DESPUÉS DE LA FERIA

Ya estaba cerrada la feria, habían apagado las luces de los tenderetes en donde vendían las rodajas de coco, y los caballitos de madera, inmóviles en la oscuridad, aguardaban la música y el runrún de la maquinaria que de nuevo los pusiera a trotar. En las casetas, las lamparillas de naftalina se habían ido apagando una por una, y las lonas cubrían uno a uno los tableros de juego. Todo el gentío había vuelto a su casa, ya solo quedaba alguna lucecita en los ventanucos de las caravanas.

Nadie había reparado en aquella niña. Apoyada a un lado del tiiovivo, vestida de negro por completo, escuchaba el último rumor de los pasos ya lejanos que se marcaba en el serrín y el murmullo de las despedidas. Entonces, sola en medio de aquel desierto de caballitos de perfil y de humildes barcas fantásticas, comenzó a buscar un sitio donde pasar la noche. Por acá y por allá, levantando las lonas que cubrían los tenderetes como si fueran mortajas, se abría paso en la oscuridad. Le asustaban los ratones que correteaban por los entablamentos repletos de desperdicios, y le daba miedo el mismo aleteo de las lonas que el aire hacía bambolearse como las velas de un barco.

Se había escondido junto al tiiovivo. Se coló dentro, y con el crujido de los pasos repicaron las campanillas que los caballos llevaban colgadas al cuello. No se atrevió a respirar hasta que no se reanudó el tranquilo silencio y la oscuridad no se hubo olvidado del ruido. En todas las góndolas, en todos los puestos buscaba con los ojos un lecho donde acostarse, pero no había en toda la feria un solo lugar donde pudiera echarse a dormir. Unos porque eran demasiado silenciosos, otros por culpa de los ratones. En el puesto del astrólogo había un montoncito de paja. Se arrodilló a su vera y al extender la mano sintió que tocaba una mano de niño.

No, no había un solo lugar. Despacio, se dirigió hacia los carromatos que estaban más alejados del centro de la feria, y descubrió que solo en dos de ellos había luces. Sujetó con fuerza su bolso vacío y se quedó indecisa mientras decidía en cuál iba a molestar. Por fin optó por llamar a la ventana de uno pequeño y decrepito que estaba allí al lado. De puntillas, ojeó el interior. Delante de una cocinilla, tostando una rebanada de pan, estaba sentado el hombre más gordo que hubiera visto jamás. Dio tres golpecitos con los nudillos en el cristal y luego se escondió en las sombras. Oyó que el hombre salía hasta los escalones y preguntaba: «¿Quién? ¿Quién?». Pero no se atrevió a responder. «¿Quién? ¿Quién?», repitió.

La voz de aquel hombre, tan fina como grueso era su cuerpo, le hizo reír. Y él, al descubrir la risa, se volvió hacia donde la ocultaba la oscuridad.

—Primero llamas —dijo—, luego te escondes y después te ríes, ¿eh?

La niña apareció entonces en un círculo de luz, a sabiendas de que ya no le hacía falta seguir escondida.

—Una niña —dijo el hombre—. Anda, entra y sacúdete los pies.

Ni siquiera la esperó; ya se había retirado al interior del carromato, y ella no tuvo más remedio que seguirle, subir los escalones y meterse en aquel desordenado cuchitril. El hombre había vuelto a sentarse y seguía tostando la misma rebanada de pan.

—¿Estás ahí? —preguntó, porque en ese momento le daba la espalda.

—¿Cierro la puerta? —preguntó la niña. Y la cerró sin esperar respuesta. Se sentó en un camastro y le observó tostar el pan.

—Yo sé tostar el pan mejor que tú —dijo la niña.

—No me cabe ninguna duda —dijo el Gordo.

Vio que colocaba en un plato un trozo de pan carbonizado, y vio que enseguida ponía otro frente al fuego. Se le quemó inmediatamente.

—Déjame tostártelo —dijo ella. Y él le alargó con torpeza el tenedor y la barra entera.

—Córtalo —dijo—, tuéstalo y cómetelo.

Ella se sentó en la silla.

—Mira cómo me has hundido la cama —dijo el Gordo—, ¿quién eres tú para hundirme la cama?

—Me llamo Annie —dijo.

Enseguida tuvo todo el pan tostado y untado de mantequilla, y la niña lo dispuso en dos platos y acercó dos sillas a la mesa.

—Yo me voy a comer lo mío en la cama —dijo el Gordo—.

Tú tómatelo aquí.

Cuando acabaron la cena, él apartó su silla y se puso a contemplarla desde el otro extremo de la mesa.

—Yo soy el Gordo —dijo—. Soy de Treorchy. El adivino de ahí al lado es de Aberdare.

—Yo no soy de la feria —dijo la niña—. Vengo de Cardiff.

—Cardiff es una ciudad bien grande —asintió el Gordo. Y le preguntó por qué andaba por allí.

—Por dinero —dijo Annie.

Y luego él le contó cosas de la feria, los sitios por donde había andado, la gente que había conocido. Le dijo cuántos años tenía, qué pensaba, cómo se llamaban sus hermanos y cómo le gustaría ponerle a su hijo. Le enseñó una postal del puerto de Boston y un retrato de su madre, que era levantadora de pesas. Y le contó cómo era el verano en Irlanda.

—Yo siempre he sido así de gordo —dijo—, y ahora ya soy el Gordo. Como soy tan gordo, nadie me quiere tocar.

Le habló de una ola de calor en Sicilia, le habló del Mediterráneo. Ella le habló del niño que había encontrado en el puesto del astrólogo.

—Eso es por culpa de las estrellas otra vez —dijo él.

—Ese niño se va a morir —dijo Annie.

Él abrió la puerta y salió a las tinieblas. Ella no se movió. Se quedó mirando en derredor, pensando que a lo mejor él se había ido a buscar a un policía. Sería una fatalidad que la volviera a pillar la policía. Al otro lado de la puerta abierta, la noche estaba inhóspita y ella acercó la silla a la cocina.

«Si me van a pillar, mejor será que me pillen caliente», se

dijo.

Por el ruido, supo que el Gordo se acercaba y se echó a temblar. Subió los escalones como una montaña con patas, y ella apretó las manos debajo de su pecho flaco. A pesar de la oscuridad, vio que el Gordo sonreía.

—Mira lo que han hecho las estrellas —dijo. Traía en los brazos al niño del astrólogo.

Ella lo acunó. El niño lloriqueó en su regazo hasta quedarse callado. La niña le contó el miedo que había pasado después de que se fuera.

—¿Y qué iba a hacer yo con un policía?

Ella le contó que un policía la estaba buscando.

—¿Y qué has hecho tú para que te ande buscando la policía?

Ella no contestó. Tan solo se llevó al niño al pecho estéril. Y él vio qué flaca estaba.

—Tienes que comer, Cardiff —dijo.

Y entonces se echó a llorar el niño. De un gemido, pasó el llanto a convertirse en una tormenta de desesperación. La niña lo mecía, pero nada lograba aliviarlo.

—¡Calla, calla! —dijo el Gordo, pero el llanto todavía fue en aumento. Annie lo sofocaba con besos y caricias, pero persistían los alaridos.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella.

—Cántale una nana.

Así lo hizo, pero al niño no le gustó.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo—. Tenemos que llevarlo al tiovivo.

Y con el niño abrazado al cuello, bajó de prisa las escaleras del carromato y corrió por entre la feria, desierta, mientras

el Gordo jadeaba pegado a sus talones.

Entre puestos y tenderetes llegaron hasta el centro de la feria, donde estaban los caballitos del tiovivo, y subió a una de las monturas.

—Ponlo en marcha —dijo ella.

Desde lejos se oía al Gordo dando vueltas al manubrio con que se echaba a andar aquel mecanismo que ponía a galopar a los caballitos el día entero. Ella oía bien el runrún espasmódico de la maquinaria. Al pie de los caballitos, las tablas se estremecían en un crujido. La niña vio que el Gordo apalancaba una manivela y lo vio sentarse en la montura del caballito más pequeño. El tiovivo empezó a dar vueltas al principio despacio, pero enseguida ganó velocidad. El niño que llevaba en brazos la pequeña ahora ya no lloraba: batía las palmas. El airecillo de la noche le mesaba el cabello, la música le vibraba en los oídos. Los caballitos seguían dando vueltas y más vueltas, y el trepidar de sus pezuñas acallaba los lamentos del viento de la noche.

Y así fue como empezaron a salir de sus carromatos las gentes de la feria, y así encontraron al Gordo y a la niña de negro que llevaba en brazos a un pequeño. En sus corceles mecánicos daban vueltas y más vueltas, al compás de una música de organillo que iba en aumento.

EL ÁRBOL

Sobre la casa que miraba a las colinas de Jarvis, a lo lejos, se alzaba una torre donde anidaban las aves diurnas, una torre en torno a la cual merodeaban de noche las lechuzas. Desde el pueblo se avistaba en el ventanuco de la torre una luz como de luciérnaga tras las vidrieras, pero el interior del cuartucho sobre el que anidaban los gorriones pocas veces estaba iluminado. Del techo deslucido pendían las telarañas; desde la ventana se divisaban veinte millas a la redonda, y sus rincones polvorientos, con sus huellas de aves, albergaban algún secreto.

El niño se sabía la casa palmo a palmo, se sabía de memoria los prados irregulares y el cobertizo repleto de flores que sobresalían de los tiestos, pero no lograba encontrar una llave que abriese el portón de la torre.

La casa cambiaba al compás de sus caprichos; un prado podía tornarse mar, orilla o cielo. Cuando un prado se convertía en una triste milla marítima y él surcaba navegando en una flor la superficie quebrada de las olas, del cobertizo asomaba el jardinero como si saliera de un islote de matojos. También asido a un tallo, el jardinero se hacía a la mar. A horcajadas de un escobón podía volar

hasta donde el niño quisiera. El jardinero conocía todas las historias desde que el mundo era mundo.

—Al principio había un árbol —decía a veces.

—¿Cómo era el árbol?

—Como aquel, donde está piando el mirlo.

—Un halcón, es un halcón —exclamaba el niño.

El jardinero levantaba la vista hacia el árbol y veía un gigantesco halcón encaramado en una rama, o un águila que se mecía al viento.

El jardinero adoraba la Biblia. Cuando el sol declinaba y el jardín se llenaba de gente, solía sentarse en el cobertizo a la luz de una vela y leía el pasaje del primer amor y la leyenda de la manzana y la serpiente, pero el trozo que más le gustaba era el de la muerte de Cristo en un madero. A su alrededor, los árboles formaban un cerco, y los tonos de sus cortezas y el fluir oculto de la savia por las raíces le avisaban del paso de las estaciones. Su mundo cambiaba al ritmo con que mudaba la primavera la desnudez del follaje. De aquella tierra en forma de manzana nacía su Dios como un árbol que diera brotes a sus hijos, y que los dejara a merced de las brisas del invierno, que se los llevarían a la deriva. El invierno y la muerte se movían en un mismo viento. El jardinero, sentado en su cobertizo, leía el pasaje de la crucifixión mientras contemplaba los tiestos en el alféizar las noches de invierno. En noches como esas daba en pensar que el amor de bien poco vale, y que muchos de sus hijos se tronzan.

En sus juegos, el niño transfiguraba los prados que acariciaba el viento. El jardinero le llamaba por el nombre de su madre; sentándose sobre las rodillas, le contaba las

maravillas de Jerusalén y el nacimiento en el pesebre.

—En el principio érase la aldea de Belén —le susurraba al niño antes de que la campanilla le reclamase para merendar.

—¿Dónde está Belén?

—Muy lejos —decía el jardinero—. En Oriente.

Por Oriente se alzaban las lomas de Jarvis y ocultaban el sol al tiempo que los árboles dibujaban la luna entre los herbazales.

El niño estaba en cama. Contempló su caballo de balancín y quiso tener alas para montar en él y surcar los cielos de Arabia, pero los vientos de Gales batían contra las cortinas, y ascendía el chirriar de los grillos desde la sucia parcela que estaba bajo la ventana. Sus juguetes estaban muertos. Se puso a llorar, pero paró al entender que no sabía cuál era la razón de sus lágrimas. La noche era fría, soplaba el viento, y él se encontraba calentito entre las sábanas; la noche era enorme como el monte, y él no era más que un niño en su cama.

Cerró los ojos y vio una cueva como un embudo giratorio, pero más profunda que la oscuridad del jardín en que se erguía solitario el primer árbol que liberó imposibles pájaros con un fulgor de fuego. Se le escaparon las lágrimas de los párpados; pensó que el primer árbol estaba plantado muy cerca, como un amigo en el jardín. Saltó de la cama y se acercó de puntillas a la puerta. El caballo de balancín se columpió, gimieron sus muelles y el niño, sobresaltado, se escurrió sigilosamente y volvió a la cama. Miró al caballito. Estaba inmóvil. Volvió a levantarse otra vez, avanzó de puntillas por la alfombra, alcanzó la puerta,

dio una vuelta al picaporte y escapó a todo correr. A ciegas, subió hasta el final de las escaleras; arriba, contempló los escalones oscuros que llegaban hasta la puerta de entrada; vio que una hueste de sombras bullía por los rincones, y al oír sus voces sinuosas imaginó las cuencas de sus ojos y la delgadez de sus brazos lacios. Eran sombras pequeñas y secretas, y no tenían sangre; eran sombras surgidas de armaduras invisibles y envueltas por cendales de telaraña. Le tocaron en el hombro y le hablaron al oído en un susurro. Bajó las escaleras corriendo; ni una sombra en la entrada, ni tampoco en los rincones vacíos. Extendió la mano, acarició la oscuridad, y creyó sentir que una cabeza de terciopelo seco se le escurría entre los dedos y le rozaba las uñas como si fuese la bruma. Pero no había nadie. Abrió la puerta y las sombras se precipitaron al jardín.

Una vez en el sendero dejó de tener miedo. La luna se había posado sobre los matojos y la escarcha se extendía sobre la hierba. Llegó al final del sendero, hasta el árbol iluminado, más viejo aún que la luz, lleno del hervor de los bichos bajo la corteza; le salían las ramas del tronco como los brazos helados de una mujer. El niño tocó el árbol y este se plegó a su tacto. Una estrella que brillaba más que todas las del cielo ardió sobre la torre de los pájaros con un fulgor que no alcanzó a alumbrar más que las ramas sin hojas, el tronco y las raíces inquietas. El niño se encaminó hacia el árbol sin vacilar. Rezó frente a él sus oraciones, arrodillado sumisamente sobre la leña renegrida que el viento de la noche había arrastrado. Entonces, temblando de amor y de frío, volvió a correr por los prados, camino de la casa.

Al este de la comarca vivía un cretino que vagaba por aquellos parajes y pedía limosna. En las granjas o en las casas de las viudas pedía un poco de pan por caridad. Una vez, el párroco le había regalado un traje que pendía desmañadamente sobre su escuálida figura y que flotaba al viento cuando recorría los campos. Tenía los ojos tan grandes y tan limpio el cuello que nadie podía negarse a sus súplicas. Y si pedía agua, leche le daban.

—¿De dónde vienes?

—De Oriente —decía.

Todos sabían que era un cretino, y le daban de comer a cambio de que limpiase los huertos.

Una vez, al clavar el rastrillo en el estiércol, oyó que del fondo de su corazón subía una voz. Echó mano de un montón de heno, atrapó un ratón, le hizo una carantoña en el hocico y lo dejó escapar.

Todo el día estuvo el niño pensando en el árbol; toda la noche le acompañó en sus sueños mientras la luna lucía sobre los campos. Una mañana de mediados de diciembre, cuando el viento soplaba desde las colinas más lejanas y zarandeaba la casa, cuando la nieve de las horas oscuras aún blanqueaba los tejados y los prados, salió corriendo hacia el cobertizo. El jardinero andaba reparando un rastrillo que había encontrado roto. Sin decir palabra, el niño se sentó a sus pies sobre un cajón lleno de simiente, y se quedó a verle coser las púas del rastrillo. Le pareció que nunca lo conseguiría con un simple alambre. Observó las botas del jardinero, húmedas por la nieve; observó las rodilleras de sus pantalones, los botones desabrochados de su zamarra y los pliegues de la barriga, que se adivinaban

bajo una camisa de franela llena de remiendos. Miró sus manos ocupadas en los nudos dorados del alambre; eran unas manos toscas, pardas; bajo las uñas rotas había manchas de tierra, y en las yemas de los dedos tenía manchas amarillas de tabaco. El jardinero tenía una expresión adusta y decidida en el rostro mientras pasaba el alambre por las púas del rastrillo, pues presentía que se iban a desprender del mango. Al niño le impresionaron la fuerza y la suciedad del viejo, pero al mirarle la larga y espesa barba blanca, inmaculada como la nieve, recuperó enseguida la confianza. Era la barba de un apóstol.

—He rezado al árbol —dijo el niño.

—Reza siempre a los árboles —dijo el jardinero, que pensaba en el Calvario y en el paraíso.

—Le rezo al árbol todas las noches.

El alambre se escurrió sobre las púas del rastrillo.

—He rezado a aquel árbol.

El alambre se rompió con un chasquido.

El niño levantó el dedo por encima del invernadero y señaló el árbol que, a diferencia de los demás, no tenía ni rastro de nieve.

—Es un aliso viejo —dijo el jardinero, y el niño, encaramado ahora en el cajón, gritó con tanta fuerza que el rastrillo estropeado cayó al suelo con gran estruendo.

—Es el primer árbol, el primero del que me hablaste. Al principio había un árbol, dijiste. Yo te oí —exclamó el niño.

—El aliso es tan bueno como los demás —dijo el jardinero con voz condescendiente.

—Es el primer árbol de todos —murmuró el niño.

Reconfortado por la voz del jardinero, sonrió mirando al

árbol a través de los cristales. El alambre volvió a escurrirse del rastrillo roto.

—Dios crece en los árboles más raros —dijo el viejo—. Sus árboles vienen a descansar a extraños parajes.

Mientras el jardinero relataba la historia de las doce estaciones de la cruz, el árbol agitaba sus ramas como si saludase al niño. De los pulmones alquitranados del jardinero surgió la voz de un apóstol.

Le ayudaron a subir al árbol y le insertaron los clavos en la tripa y en los pies.

La sangre del sol de mediodía, sobre el tronco del aliso, teñía su corteza.

Desde las colinas de Jarvis, el cretino contemplaba el valle impoluto en cuyas aguas y praderas se alzaban y se difuminaban las brumas matinales.

Vio que se deshilachaba el rocío, vio que el ganado se miraba en los arroyos, vio que las nubes oscuras huían con el rumor del sol. Sobre los bordes de un cielo transparente y acuoso apareció el sol como un caramelo en un vaso de agua. El cretino tuvo hambre de luz cuando las primeras gotas invisibles de la lluvia le cayeron en los labios; tomó en las manos unas briznas de hierba y, después de probarlas, creyó notar su verdor en la lengua. Había luz en su boca, y la luz era un ruido en sus oídos: todo el valle era el reino de la luz. Ya conocía las colinas de Jarvis; por encima de las laderas del condado se erguían sus perfiles; podían distinguirse desde muchas millas de distancia, pero nadie le había hablado nunca del valle al que se abrían las colinas. Belén, dijo el cretino al valle, y meditó el sonido de las palabras para infundirles toda la gloria de aquella

mañana galesa. Se sintió hermano del mundo que le rodeaba, aspiró el aire igual que un recién nacido abraza la luz y se hermana con ella. La vida del valle de Jarvis, como un vapor que ascendía de aquel cuerpo de árboles y prados y de aquel manojito de arroyos, les prestaba sangre nueva. La noche le había secado las venas, y el amanecer del valle le devolvía la sangre.

—Belén —dijo el cretino al valle.

El jardinero no tenía regalos que dar al niño, así que se sacó una llave del bolsillo y le dijo así:

—Esta es la llave de la torre. En Nochebuena te abriré las puertas.

Antes de oscurecer, el niño y él subieron las escaleras de la torre, metieron la llave en el ojo de la cerradura y la puerta, como la tapadera de una caja llena de secretos, se abrió ante ellos dos. El cuarto estaba vacío.

—¿Dónde están los secretos? —preguntó el niño, mientras contemplaba las vigas enmarañadas, las telarañas de los rincones y las vidrieras emplomadas.

—Basta con que te haya dado la llave —dijo el jardinero, que creía que en su bolsillo se escondía la llave del universo junto a las plumas de las aves y las semillas de las flores.

Como no había secretos, el niño se puso a llorar. Exploró una vez y otra la estancia vacía, se lio a patadas con el polvo, tratando de hallar alguna trampilla disimulada, y golpeó con los nudillos las paredes desnudas en busca de la voz hueca del cuarto, una voz que pudiera haber más allá de la torre. Pasó la mano por las telarañas que cubrían la ventana, y a través del polvo divisó la nieve que caía en

Nochebuena. Un mundo repleto de colinas se escalonaba hasta el cielo bien medido, y aquellas cumbres que el niño nunca había visto se dilataban hacia los copos de nieve. Se extendían allí delante las peñas y los bosques, anchos mares de tierra estéril y una marea nueva de cielos que barrían las negras playas. Hacia Oriente, los perfiles de las criaturas innombrables y una madriguera de árboles.

—¿Quiénes son aquellas? ¿Quiénes son?

—Son las colinas de Jarvis —dijo el jardinero—. Han estado ahí desde el principio.

Tomó al niño de la mano y lo apartó de la ventana. La llave giró en la cerradura.

Aquella noche el niño durmió bien. Había una fuerza especial en la nieve y en la oscuridad, una música inalterable en el silencio de las estrellas y un silencio espeso en el viento apresurado. Y Belén estaba más cerca de lo que él suponía.

La mañana de Navidad el cretino llegó al jardín. Traía el pelo húmedo y los zapatos rotos y enfangados. Cansado del largo viaje desde las colinas de Jarvis y desmayado de hambre, se sentó junto al aliso, allí donde el jardinero había arrastrado un tronco. Entrelazó los dedos y miró los parterres desolados y las malas hierbas que crecían en las lindes del sendero. Por encima de un alero rojo sobresalía la torre como un árbol de piedra y cristal. Se subió el cuello del abrigo, pues un viento fresco sacudía el árbol; se miró las manos y vio que estaban rezando. Entonces, el miedo del jardín se apoderó de él; los matorrales se habían vuelto enemigos y los árboles que jalonaban la avenida hasta la verja alzaban los brazos pavorosamente. El lugar estaba

muy alto; desde el temblor de los penachos de una nueva montaña, parecía en cambio que estuviera muy bajo. El viento soplaba allí con fuerza y rasgaba rabiosamente el silencio, arrancando de las ramas del aliso una voz judaica. El silencio latía como el corazón de un ser humano. Sentado ante las crueles colinas, oyó una voz que clamaba en su interior: «¿Por qué me trajiste aquí?».

No pudo decir por qué había venido. Le habían dicho que viniera y alguien le había guiado, pero no sabría decir quién. De los arriates surgió una voz y empezó a diluviar.

—Dejadme —dijo el cretino volviéndose contra el cielo—. Tengo lluvia en la cara y el viento en las mejillas.

Se hermanó con la lluvia.

Así lo encontró el niño, al amparo del árbol, soportando la tortura del tiempo con paciencia infinita, con la triste sombra de una sonrisa en los labios y el cabello desaliñado por el viento.

¿Quién era aquel extraño? Tenía fuego en los ojos y el cuello desnudo bajo el abrigo, pero sonreía andrajoso y sentado bajo el árbol en el día de Navidad.

—¿De dónde vienes? —preguntó el niño.

—De Oriente —respondió el cretino.

No le había engañado el jardinero. La torre tenía un secreto. Aquel árbol tenebroso y raído que relucía en la noche era el primer árbol de todos.

Y volvió a preguntar:

—¿De dónde vienes?

—De las colinas de Jarvis.

—Ponte de pie contra el árbol.

El cretino, sonriente, se levantó y reclinó la espalda

contra el tronco.

—Pon los brazos así.

El cretino extendió los brazos.

El niño escapó corriendo hacia el cobertizo, y al llegar a los prados empapados vio que el cretino no se había movido, que todavía seguía de espaldas contra el árbol, con los brazos abiertos, erguido y sonriente.

—Déjame atarte las manos.

El cretino notó que el alambre inútil del rastrillo le ceñía las muñecas, se le clavaba en la carne, y la sangre de las heridas manaba brillante y caía sobre el árbol.

—Hermano —dijo, y vio que el niño sostenía en la palma de la mano unos clavos de plata.

LA HISTORIA VERDADERA

La anciana del piso de arriba estaba muriéndose desde que Helen alcanzaba a recordar. Estaba tendida en las sábanas, como una mujer de cera, desde que Helen era una niña que acudía a la casa con su madre para llevar fruta recién cogida y verdura fresca a la moribunda. Ahora, Helen era una mujer hecha y derecha, con su delantal y su vestido estampado; llevaba el cabello claro recogido en un moño en la nuca. Se levantaba todas las mañanas con los primeros rayos del sol, encendía el fuego en el hogar, dejaba entrar al gato de ojos rojos. Preparaba una tetera y subía al dormitorio, a la parte de atrás de la casa de campo, para inclinarse sobre la anciana cuyos ojos invidentes jamás estaban cerrados. Todas las mañanas le miraba a las cuencas de los ojos y pasaba las manos por delante. Sin embargo, no se movían sus párpados, y a ella le resultaba imposible saber si la anciana respiraba o no. «Son las ocho, las ocho en punto», decía. Y los ojos esbozaban una sonrisa. Una mano decrepita asomaba de las sábanas y permanecía quieta hasta que Helen la tomaba entre sus manos carnosas y la cerraba en torno a la taza de té. Cuando se vaciaba la taza, Helen la volvía a llenar; cuando la tetera se

terminaba, retiraba las blancas sábanas de la cama. Allí estaba la anciana, estirada en su camisón, y el color de su piel era tan grisáceo como el del cabello. Helen aseaba las sábanas, las remetía y atendía a las necesidades de la anciana. Luego se llevaba la tetera.

Todas las mañanas preparaba el desayuno para el mozo que faenaba en la huerta. Iba a la puerta de atrás, la abría y lo veía, a lo lejos, con la azada. «Son las ocho y media», le decía. Era un feo mozo, con los ojos más rojos que el gato, como dos taimadas ranuras abiertas en la frente desde las que espiaba las primeras sombras que se formaban en el seno de Helen. Ella le ponía el desayuno delante. Cuando se levantaba, al terminar, siempre le hacía la misma pregunta: «¿Quieres que te haga alguna cosa?». Ella nunca contestaba «sí». El mozo volvía a sacar patatas del campo arado o a contar los huevos que habían puesto las gallinas, y si había moras o frambuesas que recoger en los matorrales que rodeaban la huerta, ella se le sumaba antes del mediodía. Al ver cómo se apilaban las frambuesas en la palma de su mano, ella a veces pensaba en la mancha del dinero bajo el colchón de la anciana. Si había que matar una gallina, ella le cortaba el pescuezo con más limpieza que el mozo, que dejaba el cuchillo en la herida y luego se limpiaba la hoja ensangrentada contra la manga. Ella tomaba la gallina, notaba su sangre caliente y la veía correr descabezada por el camino. Luego iba a lavarse las manos.

Fue durante las primeras semanas de la primavera cuando ella tomó la resolución de matar a la anciana del piso de arriba. Tenía tan solo veinte años. Eran muchas las cosas que deseaba. Deseaba tener un hombre que fuera

solo suyo, deseaba un vestido negro para los domingos y un sombrero adornado con una flor. No tenía ningún dinero. Los días en que el mozo llevaba los huevos y las verduras al mercado, le daba los seis peniques que la anciana le daba a ella, y el dinero que el mozo traía a la vuelta, en un pañuelo, ella lo depositaba en las manos de la anciana. Trabajaba para ganarse el pan y el cobijo, tal como trabajaba el mozo, aunque ella dormía en una habitación del piso de arriba y él dormía en un jergón de paja, encima de los establos vacíos.

Una mañana de mercado salió a dar una vuelta por la huerta, para que su plan se asentase en su ánimo. Era un espléndido día del mes de mayo, sin más que un par de nubes en el cielo, como dos manos amorfas que se cerraban sobre la cabeza del sol. «Si pudiera volar —pensó—, echaría a volar, entraría por la ventana y le hincaría los dientes en el cuello». Sin embargo, el viento fresco se llevó sus pensamientos a otra parte. De sobra sabía que no era una muchacha normal y corriente, pues en las tardes de invierno se dedicaba a leer libros, mientras el mozo se dedicaba a soñar tumbado en el jergón y la anciana permanecía a solas y a oscuras. Había leído una historia sobre un dios que se transformaba en dinero, había leído cosas sobre las serpientes que tienen las voces de los hombres, había leído sobre un hombre que estuvo en la cima de un monte hablando con una hoguera.

Al fondo de la huerta, donde la cerca mantenía a raya la maleza y los campos asilvestrados, llegó a un montón de tierra. Allí había enterrado al perro que mató porque se dedicaba a perseguir y a matar a las gallinas. Sobre una